

Lorenzo, sin embargo, anhelaba por marcharse, y no apetecía mucho quedarse por más tiempo en semejante sitio, cuando no podía ver otra vez á Lucía, ni gozar de la compañía del buen religioso. Por lo que toca á la hora y al temporal, se puede decir que el día y la noche, el sol y la lluvia, el céfiro y el vendaval, eran para él en aquella ocasion una misma cosa : por lo tanto, dió muchas gracias al Capuchino,



Padre mio! ¿Nos volveremos á ver?...

y se despidió, diciendo que queria ir á ver á Ines lo más presto que fuese posible.

Así que llegaron á la cruzía, el Padre le apretó la mano y le dijo :

— Cuando veas á esa buena Ines, que Dios lo haga, y yo lo espero, saludala tambien de mi parte á ella y á cuantos por allá se acuerden de fray Cristóbal : diles que rueguen por él. Dios te acompañe y te bendiga para siempre.

— ¡ Ah, padre Cristóbal ! ¡ Padre mio ! ¿ Nos volveremos á ver ?... ¿ Nos volveremos á ver ?

— En el cielo, lo espero.

Y con estas palabras se desprendió de Lorenzo, el cual se quedó mirándole, hasta que le perdió de vista. En seguida se dirigió aprisa hácia la puerta, echando á derecha é izquierda las últimas miradas á aquel lamentable sitio, en donde se advertia un movimiento extraordinario en todas direcciones : sepultureros corriendo ; cabañas que se arreglaban, y convalécientes que trabajosamente se retraian á ellas y á los portales para guarecerse contra la tormenta que se iba acercando.

CAPÍTULO XXXVII

En efecto, apénas salió Lorenzo de los umbrales del Lazareto, y tomó la calle, entónces derecha, para encontrar el sendero de donde habia desembocado por la mañana frente la muralla, cuando empezaron á caer unas gotas muy gordas y raras, que salpicando los áridos caminos levantaban otras tantas nubecillas de menudo polvo ; pero no tardaron en convertirse en lluvia ; y ántes que Lorenzo llegase al sendero que buscaba, caia á cántaros al agua. Léjos de incomodarse con esto, la recogió con gusto, gozándose en aquel bullicio que causaban las hierbas y las hojas movidas y goteando, reverdecidas y relucientes. Respiraba de cuando en cuando más recio y desahogadamente, y en aquella revolucion de la naturaleza le parecia sentir mejor la que se habia verificado en su destino.

Pero ; cuánto más viva y completa hubiera sido esta sensacion, si hubiera podido adivinar lo que se vió pocos días despues, á saber : que aquella agua se llevaba y barria, digámoslo así, el contagio ; tanto que si el Lazareto no restituia al mundo desde entónces todos los vivos que encerraba, al ménos no tragaria otros ; que al cabo de una semana se verian abiertas otra vez las puertas y las tiendas ..que ya

sólo se hablaría de cuarentenas, y que no quedaria de la peste sino algunas señales diseminadas, esto es, aquellos rastros que cada epidemia deja tras sí por algun tiempo!

Caminaba, pues, nuestro viajero con bastante prisa, sin haber aún determinado ni cuándo ni dónde pasaria la noche, ocupado sólo en ir adelante y llegar presto al país, para encontrar con quien hablar, á quien contar, y sobre todo para pasar inmediatamente á Pasture en busca de Ines. Andaba revolviendo en su mente todas las cosas de aquel dia, y á vuelta de las miserias, horrores y peligros, siempre le ocurría el pensamiento de haber encontrado á Lucía viva y sana, y de que era suya; y entónces pegaba un brinquito con el cual hacía saltar el agua y el barro alrededor, á manera de un perro de lanas al salir del agua. Otras veces se contentaba con un estregon de manos, y proseguía su camino con más ahinco. Mirando al suelo, recapacitaba todo lo que le habia pasado en aquel dia, la aldaba, la respuesta descortes de la mujer que se asomó á la ventana, los gritos de aquella furia que queria hacerlo pasar por untador, los bribones que trataban de acabar con él, los carros de los sepultureros, la entrada en el Lazareto, el encuentro del padre Cristóbal, la procesion de los convalecientes, el cuartel de las mujeres, la casualidad de encontrar á Lucía, y la dispensa del voto, que era el punto á que siempre venía á parar para considerarse feliz; por manera que era imposible imaginar un estado de más satisfaccion, á no acibararlo en parte la incertidumbre acerca de Ines, la quebrantada salud del padre Cristóbal, y el hallarse todavía en medio de la peste.

Con estos pensamientos entró en Sexti al anochecer, y el agua no daba aún indicio de cesar; pero sintiéndose con piernas más que nunca ligeras, y considerando las muchas dificultades que encontraria para hallar hospedaje, así empapado en agua como estaba, ni siquiera pensó en buscar albergue. Lo que sí sentia eran unas fuertes ganas de comer, á las cuales despues de lo ocurrido, seguramente no

habria podido bastar la escasa sopa del Capuchino. Trató de buscar una panadería, y encontrada, compró dos panes, que le entregaron con la formalidad de las tenazas y demas ceremonias. Echóse uno en el bolsillo, y el otro á los dientes, y adelante.

Ya era enteramente de noche cuando pasó por Monza; sin embargo, consiguió salir por la parte que justamente correspondia al camino que debia seguir; pero ademas de esto, que no era entónces poco mérito, es necesario saber cómo estaba á la sazón aquel camino, y cómo se iba poniendo á cada instante. Hundido como todos, entre dos orillas, á manera de un arroyo, podia llamarse en aquella hora, sino un rio, por lo ménos un torrente, con tantos hoyos y charcos á cada paso, que podia tenerse á dicha el sacar los zapatos, y aun los piés, si se me apura. Pero Lorenzo iba saliendo lo mejor que podia, sin impaciencia, sin malas palabras, sin arrepentimiento, haciéndose cargo de que por más que costase cada paso, siempre era adelantar, que el agua cesaria cuando Dios quisiera, que á su tiempo amanecería, y que el camino que andaba entónces ya estaria andado.

Y á decir verdad, tampoco pensaba en ello sino en los momentos de más apuro. Servíanle de distraccion los recuerdos é ideas que ocupaban su mente. Recreábase ora en recorrer la historia de los tristes años pasados, de tantos enredos, tantas contradicciones, y tantos momentos en que casi tenía perdida la esperanza, y en contraponer á estas ideas las de un porvenir tan diferente, las de la llegada de Lucía, de su boda, de la formacion de su casa, del placer de contarse recíprocamente sus aventuras, y de no separarse en toda la vida.

Cómo se compusiese cuando se dividia el camino, lo que no dejaba de suceder á menudo, esto es, si con la poca práctica que tenía, y un mediano discurso, encontraba siempre el verdadero, ó si se metia por cualquiera ventura, no es fácil decirlo, porque él mismo, cuando contaba su historia, que siempre era con más palabras de las nece-

sarias, al llegar á los sucesos de aquella noche, sólo se acordaba de ella como si la hubiese pasado en su cama soñando; lo cierto es que al amanecer se halló á vista del Ada.

Nunca habia dejado enteramente de llover; pero hubo un corto espacio en que el diluvio se convirtió en lluvia, y luégo en llovizna: Las nubes altas y ralas formaban un velo dilatado, pero ligero y diáfano, y la luz del crepúsculo permitió á Lorenzo ver todo el país á la redonda. Allí estaba su pueblo, y lo que él experimentó en aquel momento no es fácil describirlo: sólo podemos decir que le parecia que aquellas montañas, el inmediato *Resegono* y el territorio de Lecco, todo era suyo. Echó la vista tambien sobre sí, y se encontró algo extraño, y tal, segun lo que sentia, como se imaginaba debia ser. Arrugada la ropa y pegada al cuerpo, desde el cogote hasta la cintura hecho una sopa y cayéndole á chorros el agua, y desde la cintura á los talones gachas y barro; y si se hubiera mirado en un espejo, más eco le hubiera hecho el verse con las alas del sombrero caidas, y el pelo lacio y pegado á la cara. En cuanto á cansado, bien podia estarlo, pero no lo advertia, y el fresquecito de la mañana con el de la noche y aquel corto baño, no hacian sino aumentar su energía y su gana de andar más aprisa.

Llega á Pescate, costea el último trecho del Ada, echando una mirada melancólica á Pescarénico, pasa el puente, y por atajos y campos llega en breve á la casa de su antiguo huésped. Este, que acabando de levantarse estaba á la puerta mirando el tiempo, vuelve los ojos hácia aquella figura tan empapada en agua, tan cubierta de lodo, tan sucia, y al mismo tiempo tan lista y desenfadada, por manera que en su vida habia visto á un hombre tan mal parado y tan contento.

— ¡Hola! — dijo, — ¡tan presto! ¡con este tiempo! ¿cómo ha ido?

— La encontré, la encontré, — contestó Lorenzo.

— ¿Buena?

— Restablecida ya, que es mejor. Muchos motivos tengo para dar gracias al Señor y á su Santísima Madre, pues vivo. ¡Cosas grandes, amigo! ya te contaré: ¡qué cosas!

— Pero ¡cómo estás!

— Estoy guapo, ¿eh?

— Á la verdad que el agua que te chorrea de medio cuerpo arriba pudiera lavarte de medio cuerpo abajo. Aguarda, aguarda, que voy á hacerte una buena fogata.

— Te lo agradezco. ¿Sabes dónde me cogió? justamente á la puerta del Lazareto: pero esto no es nada; el tiempo hace su oficio, y yo hago el mio.

El amigo se fué, y volvió con dos brazadas de leña; puso una en el suelo y echó la otra en la chimenea, y á beneficio de unas cuantas ascuas que quedaron por la noche, no tardó en levantarse una gran llama. Quitóse Lorenzo el sombrero, le sacudió dos ó tres veces y le tiró al suelo; pero no pudo quitarse tan presto el gaban. Sacó tambien de la faltriquera de los calzones su cuchillo, con la vaina tan esponjada que parecia de tripas, y le puso sobre una mesita, diciendo:

— ¡Qué bueno está tambien este! pero, en fin, gracias á Dios, que no es más que agua. Mi vida, amigo, ha estado en un trís; ya te diré (y se estregaba las manos). Ahora hazme otro favor, — añadió; tráeme aquel lio que te dejé porque ántes que esta ropa se seque va largo.

Vuelto con el lio el amigo, le dijo:

— Creo que no dejarás de tener ganas; qué beber no te habrá faltado en el camino, pero comer...

— Ayer por la tarde encontré donde comprar dos panes; pero á la verdad, no me han llegado á un diente.

— Deja, — dijo el amigo, y echó agua en un perolito, la puso á la lumbre, y añadió: — voy por leche: cuando vuelva, el agua estará caliente, y haremos una buena polenta: tú entretanto comonte á tu gusto.

Quedando Lorenzo solo, se quitó de encima, no sin trabajo,

el resto de la ropa, que estaba como encolada á la carne, se secó bien y se volvió á vestir de piés á cabeza. Volvió el amigo, emprendió la faena de la polenta, y entretanto Lorenzo se quedó sentado aguardando.

— Ahora — dijo — voy sintiendo que estoy cansado. La tirada es buena; pero no es nada : tengo que contarte para todo el dia. ¡Cómo está Milan! ¡ Es preciso verlo y tocarlo! Cosas para tener luégo asco de sí mismo. Estoy por decirte que necesitaba yo de este enjabonado. ¡ Lo que quisieron hacer conmigo aquellos señores! Ya oirás, ya oirás. ¡ Ah! ¡ si vieras el Lazareto! Entre tantos horrores es cosa de perderse y perder el juicio : ya te lo contaré todo... Allá está, y vendrá pronto aquí, y será mi mujer, y tú has de ser uno de los testigos; y, peste, ó no peste, quiero que tengamos á lo ménos algunas horas de diversion y alegría.

Cumplió con efecto la palabra que dió á su amigo de emplear aquel dia en contárselo todo, tanto más que no habiendo cesado de lloviznar, lo pasó debajo de techado, ya en conversacion con su amigo, ya trabajando con él en una tina y una bota, y en otros preparativos para la vendimia, porque, como él decia, era uno de aquellos que se cansaban más en no hacer nada que en trabajar. No pudo sin embargo dejar de hacer una escapadita hasta la casa de Ines para ver cierta ventanita, y darse tambien allí otro estregoncito de manos. Fué y volvió á hurtadillas, y se acostó temprano. Temprano tambien se levantó el dia siguiente; y viendo que aunque no estaba sentado el tiempo, habia cesado el agua, se puso en camino para Pasturo.

Era todavía temprano cuando llegó; que no tenia ménos prisa ni ménos gana de acabar, que la que pueden tener nuestros lectores. Preguntó por Ines; supo que estaba viva y sana, y le enseñaron una casita aislada donde vivia. Allí se fué en derechura, y la llamó por su nombre desde la calle. Á esta voz se asomó Ines apresuradamente á la ventana, y miéntras estaba con la boca abierta, queriendo proferir no sé qué palabras, la previno Lorenzo diciendo :

— Lucía se puso buena; la he visto anteayer; saluda á usted, y vendrá presto, ¡ y cuánto tengo que contar á usted!

Entre la sorpresa, el placer de la noticia y el afan por saber más, empezaba Ines ya una exclamacion, ya una pregunta, sin acabar nada, y olvidando luégo las precauciones que acostumbraba tomar desde largo tiempo, dijo :

— Ya bajo á abrir.



Á esta voz se asomó Ines apresuradamente á la ventana.

— Aguarde usted. ¿ Y la peste? — preguntó Lorenzo. — Creo que usted no la ha pasado.

— Yo no : ¿ y tú?

— Yo sí; pero es menester precaucion; vengo de Milan, y he estado metido en el contagio hasta los ojos. Es verdad que me he mudado de piés á cabeza, pero es cosa que á veces se pega como un maleficio, y puesto que el Señor ha librado á usted hasta ahora, quiero que usted se cuide hasta que se

acabe este maldito influjo, porque es usted nuestra mamá, y quiero que vivamos todos juntos por largo tiempo y alegremente, en desquite de lo mucho que hemos sufrido, al ménos yo...

— Pero... comenzó á decir Ines.

— No hay pero ni pera, — interrumpió Lorenzo. — Sé lo que usted quiere decir. Ya verá usted cómo no hay pero. Vamos á algun paraje bien ventilado donde se pueda hablar con comodidad y sin riesgo.

Indicóle Ines un huerto que caia á espaldas de la casa, diciéndole que entrase allí, y se sentase en uno de dos banquillos que estaban frente á frente, que ella bajaria luégo, y se sentaria en el otro. Así se hizo, y estoy seguro de que si el lector, como impuesto en los antecedentes, hubiese podido hallarse presente, y ver y oír aquellos relatos, aquellas preguntas, aquellas explicaciones, aquellas quejas, aquellas exclamaciones, aquel hablar de D. Rodrigo y del padre Cristóbal, y todo lo demas con aquellas descripciones de lo futuro tan positivas y claras como las de lo pasado, estoy seguro, digo, de que hubiera tenido gran gusto en ello, y hubiera sido el último en separarse; pero para tener en el papel toda aquella conversacion con palabras mudas, de tinta y sin ningun hecho nuevo, soy de parecer que no sentirá perderla, y que preferirá que se las dejemos adivinar. La conclusion fué que irian á vivir juntos al país de Bérgamo, donde ya Lorenzo tenía un buen acomodo; pero en cuanto al tiempo, nada se pudo determinar, porque dependia de la peste y de otras circunstancias, y sólo se acordó que apénas pasado el peligro, volviera Ines á su casa, aguardando allí á Lucía, ó Lucía la aguardaria á ella; y Lorenzo entretanto haria otras escapadas á Pasturo á ver á su mamá, y tenerla al corriente de todo cuanto ocurriese.

Antes de irse le ofreció tambien dinero, diciendo :

— Vea usted, todo está intacto, pues hice aquí voto de no tocarlo hasta que se hubiesen aclarado las cosas. Ahora, pues, si usted lo necesita, baje usted una cazuela con agua

y vinagre, y meteré allí los cincuenta escudos flamantes.

— No, no, — contestó Ines; — tengo más de lo que para mí necesito; guárdalos, que te servirán para poner casa.

Retiróse Lorenzo con este nuevo motivo de consuelo, cual era el de haber encontrado en buena salud á una persona á quien tanto amaba : permaneció el resto de aquel dia y la noche en casa de su amigo, y el dia siguiente se puso de nuevo en camino, pero con otra direccion; á saber, la de su país adoptivo.

Allí encontró tambien con buena salud á su primo Bartolo, y con ménos temor de perderla, porque en aquellos pocos dias las cosas habian tomado rápidamente muy buen aspecto. Las invasiones eran mucho ménos frecuentes, la enfermedad ya no era la misma; ya no se presentaba aquel amaratado mortal, ni aquella violencia de síntomas, sino unas calenturillas, la mayor parte intermitentes, y alguna vez un tumorcillo descolorido, que se curaba como un divieso ordinario. Era otro ya el aspecto del país : los que habian sobrevivido empezaban á salir de sus escondrijos, dándose recíprocamente el pésame ó el parabien. Se hablaba ya de volver á poner corrientes las fábricas; y los dueños pensaban en buscar y apalabrar artesanos, especialmente en aquellas artes en que el número de ellos escaseaba tambien ántes del contagio, como era la de la seda. Lorenzo, sin hacerse de rogar, prometió (salva siempre la debida aprobacion) á su primo, que volveria á trabajar en cuanto fuese á establecerse con su familia en el país. Dispuso entretanto los preparativos más precisos; buscó una casa mejor, cosa entónces harto fácil, y poco costosa; la proveyó del ajuar y muebles necesarios, echando mano otra vez del tesoro reservado; pero sin abrir en él gran brecha, porque de todo habia desgraciadamente grande abundancia y baratura.

Á los pocos dias regresó á su país nativo, que halló extraordinariamente mejorado, y marchó inmediatamente á Pasturo, donde halló á Ines más animada, y tan dispuesta á volver á su casa, que él mismo la trajo. Creemos excusado

decir aquí cuáles fueron sus sentimientos y sus palabras al verse juntos en aquel pueblo; cualquiera podrá figurárselo.

Ines lo encontró todo como lo había dejado; por manera que solía decir que esta vez, tratándose de una pobre viuda y de una pobre muchacha, los ángeles habían estado allí de guardia.

— Y la otra vez, — añadía, — cuando cualquiera hubiera creído que el Señor cuidaba de otros, y á nosotras nos abandonaba, permitiendo que nos llevasen nuestra hacienda, manifestó todo lo contrario, porque me envió por otra parte dinero con que poder reponerlo todo: digo todo, y no digo bien, porque faltaba el ajuar de Lucía que los pícaros se llevaron enterito; mas héte aquí que nos viene por otra parte. Quién me hubiera dicho, cuando estaba trabajando en poner listo aquel, ¿crees tú trabajar para Lucía? ¡Pobre mujer! trabajas para quien no conoces. ¡Sabe Dios quién se llevará esas camisas, esas enaguas, esos jubones! Del ajuar de Lucía, del que verdaderamente ha de servirle, cuidará otra buena alma, que ni siquiera sabes si existe.

El primer cuidado de Ines fué el preparar en su casita el alojamiento más decente que pudo para aquella buena alma: luégo buscó sedá que devanar, y con su aspa procuraba engañar la tardanza.

Lorenzo, por su parte, no pasó en la ociosidad aquellos dias para él tan largos. Como por fortuna sabía dos oficios, se dedicó al de labrador. Empleaba parte del tiempo en ayudar á su huésped, para el cual no era poca suerte tener á su disposicion un labriego, y un labriego de tanta habilidad: otra parte la dedicaba á cultivar y arreglar el huertecillo de Ines, abandonado enteramente durante su ausencia. Por lo que toca á su pequeña hacienda, no se cuidaba de ella, diciendo que era peluca demasiado enmarañada, y de nada servían dos brazos para desenredarla. Tampoco ponía los piés en ella, ni en su casa, porque era para él un dolor el ver aquella desolacion, habiendo ya tomado el partido de deshacerse de todo, da cualquiera manera que fuese, y emplear en su nueva patria lo que sacase.

Si los que habían quedado vivos eran unos para otros como resucitados, Lorenzo lo era para los de su pueblo como dos veces. Todos le felicitaban, le agasajaban, y deseaban oír su historia. Algunos quizá preguntarán: ¿y cómo andaba la cosa respecto á la requisitoria? Perfectamente. Apénas se acordaba de ella, suponiendo que los que debían ejecutarla tampoco se acordarian, y no se equivocaba. Y esto no disminuía sólo de la peste, que todo lo había barajado, sino también (cosa muy comun en aquellos tiempos, como lo hemos visto en más de una parte de esta historia) de que las órdenes, tanto generales como particulares, contra las personas, como no hubiese alguna animosidad privada ó poderosa que promoviese su ejecucion, quedaban sin efecto, á no ser que se ejecutasen en los primeros momentos, á manera de las balas de fusil, que si no causan daño al golpe, caen al suelo, en donde á nadie molestan, consecuencia necesaria de la excesiva facilidad con que á roso y velloso se expedían dichas órdenes. La actividad del hombre es limitada, y lo que va de más en ordenar, debe ir de ménos en la ejecucion.

Si alguno asimismo quisiese saber cómo se conducía Lorenzo con D. Abundo, mientras permanecía en su pueblo aguardando que se dispusiesen las cosas para su boda, diré que no tenían relacion entre sí: este último, por temor de oír hablar del casamiento, cuya palabra le traía á la memoria los bravos de D. Rodrigo y las reconvenciones del Cardenal; y el primero porque había determinado no hablar del asunto hasta el momento preciso de su ejecucion, no queriendo escamarle ántes de tiempo, no fuera que pusiese nuevos impedimentos. De esto hablaba frecuentemente con Ines, á quien solía preguntar:

— ¿Cree usted que vendrá presto?

— Creo que sí, — respondía Ines.

Y muchas veces hacía esta la misma pregunta, con lo cual procuraban los dos entretener el tiempo, que les parecía cada dia más largo.

Para nuestros lectores haremos que pase más pronto,

diciendo en resúmen que á los pocos dias de haber estado Lorenzo en el Lazareto, salió Lucia con la buena viuda, y habiéndose dispuesto una cuarentena general, la pasaron las dos juntas en casa de la última, donde una parte del tiempo se empleó en el ajuar de Lucia, quien, despues de algunos cumplimientos, tuvo tambien que trabajar en él. Concluida la cuarentena, confió la viuda á su hermano el comisario la tienda y la casa, y se hicieron los preparativos para el viaje. Podemos tambien añadir de seguida, para acabar pronto, que se pusieron en camino, que llegaron, y lo demás; pero á pesar de toda la prisa del lector y la nuestra, hay tres cosas correspondientes á aquel periodo que no queremos pasar en silencio, y á lo ménos por lo que toca á dos, el mismo lector convendria en que hubiéramos hecho mal omitiéndolas.

La primera es que cuando Lucia volvió á hablar con la viuda de sus aventuras con más particularidad y más órden que el que pudo emplear en la agitacion de la primera confianza, é hizo mencion más expresa de la Señora que la habia acogido en el convento de Monza, llegó á saber cosas de ella que excitaron en su ánimo la más triste y terrible admiracion. Supo por la viuda que habiendo la desgraciada monja dado márgen á sospechas de hechos atroces, fué trasladada de órden del Cardenal á un convento de Milan, y que allí, despues de muchos desórdenes se arrepintió, y vuelta sobre sí, su vida actual era un suplicio voluntario tan duro, que nadie pudiera inventar otro más severo. El que quisiere tener noticias más circunstanciadas de este lamentable incidente, las hallará en la historia patria de Ripamonti, década v, libro vi, capítulo iii.

Se reduce la otra á que preguntando Lucia por el padre Cristóbal á todos los capuchinos que pudo ver en el Lazareto, supo con más pena que admiracion que habia muerto de la peste.

Finalmente, ántes de salir de Milan, deseaba tener alguna noticia de sus antiguos amos para cumplir con ellos, si alguno era vivo, como lo exigia la gratitud y la buena crianza.

Acompañóla la misma viuda á la casa, donde supieron que uno y otro se habian ido con los más al otro mundo. Por lo que toca á doña Práxedes, diciendo que murió, se dice todo lo que hay que decir, pero con respecto á don Ferrante, tratándose de un sabio de aquella época, el anónimo que varias veces hemos citado, creyó conveniente extenderse algo más;



Despues de muchos desórdenes se arrepintió.

y nosotros de nuestra cuenta y riesgo trasladamos en compendio lo que él dejó escrito.

Dice, pues, que en cuanto se empezó á hablar del contagio, D. Ferrante fué uno de los más acérrimos y constantes en negar su existencia, no con alboroto como el pueblo, sino con racionios, cuyo enlace por lo ménos nadie podia desconocer.

— *In rerum natura* — decia — no hay sino dos géneros de cosas, á saber, sustancia y accidentes; y si yo pruebo que el contagio no puede ser ni lo uno ni lo otro, habré probado que no existe, y que es una quimera. Vamos á probarlo. Las

sustancias son ó espirituales ó materiales. Que el contagio sea una sustancia espiritual, es un dislate de tal naturaleza que nadie habrá que lo sostenga, de consiguiente es inútil hablar de él.

Las sustancias materiales son simples ó compuestas. Ahora bien, el contagio no es sustancia simple, y lo demuestro en cuatro palabras. No es sustancia aérea, porque si lo fuera, en lugar de pasar de un cuerpo á otro, volaría más bien á su esfera : no es ácuea, porque humedecería y la secarian los vientos : no es ígnea, porque quemaría; y no es térrea, porque entónces sería visible. Tampoco es sustancia compuesta, porque de todos modos se vería y se tocaría; y este contagio ¿quién lo ha visto? ¿quién lo ha tocado? Queda ahora por ver si es accidente. ¡ Peor que peor! Nos dicen los señores médicos que el contagio se comunica de un cuerpo á otro, y este es su argumento, su pretexto para tantas órdenes sin utilidad. Ahora suponiéndolo accidente, vendría á ser accidente trasportado, dos palabras opuestas, no habiendo en toda la filosofía cosa más clara que la de que un accidente no puede pasar de un sujeto á otro. Y si para evitar este Escila, dicen que es accidente producido, huyen de él, y dan en Caribdis, porque si es producido, no se comunica ni propaga como van cacareando. Supuestos estos principios, ¿de qué sirve venir á hablarnos de víbicos, exantemas, antraces, etc.?

— ¡Todas majaderías! le contestó uno en cierta ocasion.

— No, no, — replicó D. Ferrante; — no digo yo eso. La ciencia es ciencia; pere conviene saberla emplear... Víbicos, exantemas, antraces, parótidas, bubones amarotados, diviesos nigricantes, son todas palabras respetables que tienen su sentido; pero digo que no vienen al caso en esta cuestion. ¿Quién niega que haya de estas cosas? El punto está en ver de dónde vienen.

Aquí empezaban tambien los apuros de D. Ferrante, porque mientras se limitó á refutar la opinion del contagio, hallaba por todas partes quien le escuchase, porque seguramente es muy grande la autoridad de un sabio de profesion cuando

trata de probar á los demas cosas de que ya están persuadidos; pero cuando queria distinguir y demostrar que el error de aquellos médicos no consistia en afirmar que existía un mal terrible, sino en señalar sus causas y modos, entónces (esto es, al principio, cuando no se queria oír hablar del morbo), entónces todos estaban contra él, y ya no podia emitir su doctrina sino á retazos.

— Existe, sin embargo, está verdadera causa, — solia decir, — y se ven obligados á reconocerla, aún aquellos que sostienen la otra así en el aire... Que nieguen, si pueden, esa



No tomó precaucion alguna contra la peste. Esta le acometió y murió como un héroe de tragedia.

fatal conjuncion de Saturno con Júpiter. ¿Y cuándo se ha oido decir jamas que las influencias se propagan?... ¿Y habrá quién niegue las influencias? ¿Me negarán que hay astros? ¿Y querrán suponer que están allá arriba ociosos, como otras tantas cabezas de alfileres clavadas en una almohadilla? Lo que no puedo comprender de estos médicos, es que confiesan que nos hallamos bajo una conjuncion tan maligna, y luégo ivinen diciendo : « no toquéis allí y os libertaréis, » como si el evitar el contacto material de los cuerpos terrestres pudiese impedir el efecto virtual de los cuerpos celestes, y ademas tanto

quemar andrajos. ¡Pobre gente! ¿Quemaréis á Júpiter?
¿Quemaréis á Saturno?

Fundado en estos desatinos, no tomó precaucion alguna contra la peste. Esta le acometió : D. Ferrante se metió en la cama, y murió como un héroe de tragedia, tomándola con el cielo y las estrellas.

¿Y su famosa biblioteca? Anda quizá dispersa todavía por los puestos de los que venden comedias y romances.

CAPÍTULO XXXVIII

Una tardecita oye Ines parar un carruaje á la puerta de su casa. « ¡Ella es! » exclama, y efectivamente era Lucía con la buena viuda. La acogida por una y otra parte, y las reciprocas demostraciones de afecto, dejo que el lector se las figure.

La mañana siguiente llega Lorenzo sin saber lo que habia sucedido, y sin otro objeto que el de quejarse de la tardanza de Lucía. Se deja tambien á la imaginacion del lector lo que hizo, y lo que dijo al verla. Las demostraciones de Lucía fueron tales, que no se necesitan muchas palabras para referirlas.

— ¡Dios te guarde! ¿Cómo estás? — fué lo único que le dijo con los ojos bajos y sin agitacion.

Ni se crea que á Lorenzo este modo le pareciese frio y le incomodase. Supo entender la cosa; y así como entre gentes de educacion se sabe dar su verdadero valor á los cumplimientos, del mismo modo comprendia Lorenzo cómo debian entenderse aquellas palabras. Por otra parte, es fácil conocer que Lucía tenia dos modos de proferirlas : uno para Lorenzo y otro para los demas conocidos.

— Yo estoy siempre bien cuando te veo, — contestó el jóven con una expresion que venia de molde.

— Nuestro pobre padre Cristóbal... reza por su alma, á

pesar de que se puede asegurar que él es quien ruega por nosotros allá arriba.

— Bien me lo temia yo, — dijo Lorenzo.

Y no fué esta la sola tecla desagradable que se tocó en aquel coloquio; pero cualquiera que fuese la materia de que se tratase, el diálogo siempre le pareció delicioso. Como aquellos caballos resabiados que se obstinan y plantan sin querer ir adelante, levantando un pié, luego otro, y volviendo á plantar los dos en el mismo paraje, y hacen mil ceremonias ántes de dar un paso, hasta que de repente toman carrera, y corren parejas con el viento, así era el tiempo para Lorenzo; de manera que ántes los minutos le parecian horas, y aquí las horas le parecian minutos.

La viuda, por su parte, no sólo no echaba á perder la conversacion, sino que la sazónaba. Ni Lorenzo, cuando la vió en la mala cama del Lazareto, pudo figurarse que sería mujer de tan buen humor y tan sociable; pero el Lazareto y el campo, la muerte y las bodas eran cosas muy distintas.

Por último, dijo Lorenzo que iba á buscar á D. Abundo para arreglar las cosas del casamiento. Con efecto, así lo hizo, y encontrándole en su casa, con tono algo socarron, le dijo :

— ¿Se le ha pasado á usted, señor Cura, aquel dolor de cabeza que le estorbaba casarme? Ahora estamos en tiempo. La novia está pronta, y yo vengo á saber cuándo se hallará usted en disposicion de verificarlo : sólo le pido esta vez que no tarde mucho.

No es que D. Abundo se negase absolutamente; pero empezó á titubear, á poner excusas y adelantar ciertas insinuaciones, diciendo que por qué dar un cuarto al pregonero con aquella requisitoria encima; que la cosa pudiera hacerse en otra parte; que esto, que esotro, *et cetera*.

— Ya veo — dijo Lorenzo — que no se le ha pasado á usted enteramente el dolor de cabeza; pero oiga usted.

Y aquí le hizo una patética descripcion del estado en que vió á D. Rodrigo, quien á esas horas debia ya haberlas liado, y concluyó diciendo :